

*Determina Antíoco marchar contra Molón por consejo de Epígenes. – Asesinato de éste por Hermias. – Opinión de Zeuxis por la cual se decide el rey a cruzar el Tigris. – Propósito de Molón de sorprender de noche el ejército del rey, pero sin resultado.*

El conocimiento de esta derrota (año -221) hizo renunciar a Antíoco las esperanzas que tenía sobre Celesiria y convertir sus miras contra este rebelde. En esta situación volvió a reunir el consejo y ordenó que cada uno dijese su parecer sobre el modo de disponer la guerra contra Molón. Epígenes tomó también el primero la palabra, y dijo que ya hacía tiempo que, según su sentir, se había de haber marchado contra el enemigo antes que hubiese hecho tales progresos; pero, esto no obstante, aun ahora insistía en lo mismo. Hermias, arrebatado como antes de una cólera inconsiderada y audaz, le llenó de oprobios, sin olvidarse al paso de hacer vanamente el elogio de sí mismo. Formuló mil cargos improbables y falsos a Epígenes, y suplicó al rey no hiciese caso de un consejo tan imprudente, ni desistiese del proyecto que había formado contra Celesiria. Esto chocó a todos y enfadó a Antíoco, quien, aun después de muchas instancias para conciliarlos, apenas pudo sosegar la contienda. Aprobado por todos el parecer de Epígenes, como más urgente y ventajoso, se decidió llevar las armas contra Molón y preferir este partido. No bien fue tomada la decisión, cuando de repente condescendió Hermias, y como si fuera diverso hombre dijo que, pues estaba decidido, era indispensable ejecutarlo todo sin excusa, y dedicó todos sus cuidados a las prevenciones de la guerra.

Así que se congregaron las tropas en Apamea, se originó un levantamiento por ciertas pagas que se les estaban debiendo. Hermias, observando cuán consternado y temeroso se hallaba el rey con una conmoción en tan críticas circunstancias, se ofreció a satisfacer las raciones al ejército con sola la gracia de que no fuese a la expedición Epígenes, pues no era dable obrar de concierto en esta campaña habiendo precedido tal enemistad y discordia entre los dos. El rey escuchó la propuesta con indignación, como que apreciaba infinito el que le acompañase Epígenes, a causa de su pericia en el arte militar; pero rodeado y prevenido de los tesoreros de ejército, de las guardias y demás sirvientes que la malicia de Hermias había ganado, no fue dueño de sí mismo, cedió a las circunstancias y concedió lo que le pedía. Retirado Epígenes según la orden de Apamea, los que componían el consejo se consternaron con este golpe; pero las tropas, por el contrario, lograda su pretensión, cambiaron de ánimo e inclinaron su afecto al autor de la

satisfacción de sus sueldos. Solos los cirrestes, en número de seis mil, se amotinaron, se separaron del ejército y dieron bien que hacer a Antíoco durante mucho tiempo; pero finalmente, vencidos en batalla por uno de los generales del rey, perecieron los más, y los que sobrevivieron se rindieron a discreción. Hermias, después de haber intimidado los confidentes del rey y haberse granjeado el afecto de las tropas, levantó el campo y marchó con Antíoco. No satisfecho con esto, fraguó después otra traición contra Epígenes, valiéndose de Alexis, a cuyo cargo se hallaba la ciudadela de Apamea. Fingió una carta como enviada por Molón a Epígenes, y habiendo cohechado a uno de los criados de éste con grandes promesas, le persuadió la llevase a su amo y se la mezclase entre otros papeles. Realizado esto, fue allá al instante Alexis y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epígenes negó el hecho con indignación. Entonces Alexis, sin más ni más, entra a registrar la casa, encuentra la carta y bajo este pretexto mata al punto a Epígenes. Esta muerte se la describió al rey como justa; pero a los cortesanos, aunque les contenía el miedo, les pareció sospechosa.

Luego que llegó Antíoco al Éufrates y se incorporó con las tropas, volvió a proseguir su marcha y llegó a Antioquía, en la Migdonia, a la entrada del invierno, donde permaneció hasta pasar la fuerza y rigor de la estación. Después de cuarenta días de estancia, pasó a Liba, donde tuvo un consejo para saber por qué camino se había de ir contra Molón, que se hallaba entonces acampado en los alrededores de Babilonia, y cómo y de dónde se habían de acarrear víveres para el viaje. Hermias fue de parecer que se marchase a lo largo del Tigris, a fin de llevar al ejército apoyado por un lado de este río, y por el otro del Licos y el Capros. Zeuxis, aunque le aterraba la viva imagen de la muerte de Epígenes para dar libremente su voto, sin embargo, a la vista de ser tan clásico el error de Hermias, se aventuró, aunque con repugnancia, a aconsejar que se debía pasar el Tigris. Para esto alegaba que, de hacerse la marcha por la orilla del río, a más de otras dificultades, había la de que, tras de haber andado un largo camino y haber cruzado un desierto durante seis días, por precisión se había de venir a parar al foso real, al cual, una vez tomado con anticipación por los enemigos, el pasar adelante sería imposible y el volver atrás por el desierto infaliblemente ruinoso, por la escasez de víveres que sufría el ejército. Pero por el contrario, de pasar del otro lado del Tigris, era indudable que los moradores del país apoloniático, arrepentidos, llamarían a su rey, pues la obediencia que ahora prestaban a Molón no era efecto de la voluntad, sino de la necesidad y temor: que la fertilidad del país proveería al ejército abundantemente de lo necesario; y lo principal que, cortada a Molón la retirada para Media, y privado de víveres, se le forzaría a venir a un riesgo, y cuando no quisiese abrazar este medio, las tropas se pasarían al momento al partido de su rey.

Aprobado el parecer de Zeuxis, al punto se dividió el ejército en tres trozos, y por otras tantas partes del río pasó la gente y el bagaje. Después se tomó el camino de Dura, que a la sazón se hallaba sitiada por uno de los generales de Molón, y al instante se la liberó del cerco. Se levantó el campo sin dilación de esta plaza, y superado el Órico al octavo día, se llegó a Apolonia. Molón, advertido de la llegada del rey, poco satisfecho por una parte de la fe de los pueblos de Susiana y Babilonia, que acababa de someter recientemente y de un modo extraordinario; por otra, receloso de que no le cortasen la retirada a Media, decidió tender un puente al Tigris y pasar del otro lado sus tropas, a fin, si podía, de prevenir a Antíoco en las montañas de la Apoloniátide, por la mucha confianza que tenía en los

honderos llamados cirtios. Efectivamente, puso en ejecución lo decidido, y marchó allá con diligencia y sin detenerse. Pero al tiempo mismo que él se iba aproximando a aquellos lugares, venía también marchando el rey desde Apolonia con todo el ejército, de que provino que los armados a la ligera, que uno y otro habían destacado por delante, se encontrasen a un tiempo sobre aquellas eminencias. Al principio vinieron a las manos y probaron mutuamente sus fuerzas, pero al avistarse las dos armadas desistieron, y retirados a sus respectivos campamentos hicieron alto a cuarenta estadios los unos de los otros. Llegada la noche, Molón, considerando cuán aventurado y repugnante era a unos rebeldes pelear cara a cara y a luz del día contra su rey, pensó atacar a Antíoco por la noche. Para ello entresacó los más aptos y esforzados de todo el ejército, y reconoció varios puestos, con el fin de caer sobre el enemigo desde parte superior; pero sabiendo en el camino que diez jóvenes se habían pasado al cuartel de Antíoco, desistió del intento. Volvió prontamente sobre sus pasos, y con su llegada al amanecer al campo, todo el ejército se llenó de confusión y alboroto. Poco faltó para que los que habían quedado en el real, asombrados entre sueños con la vuelta de sus compañeros, no abandonasen el campamento. Molón hizo cuanto pudo para sosegar este sobresalto.